LIBRO dot.com

El silencio blanco

Jack London



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

EL SILENCIO BLANCO

-Carmen no durará más de un par de días.

Mason escupió un trozo de hielo y examinó tristemente al pobre animal. Luego se llevó una pata de este a la boca y comenzó a arrancar a bocados el hielo que se le apiñaba cruelmente entre los dedos.

-Nunca vi a un perro de nombre presumido que valiera un comino -dijo, cuando concluyó su tarea y apartó a un costado a la perra-. Se extinguen y mueren bajo el peso de la responsabilidad. ¿Viste alguna vez que acabase mal uno con un nombre tan sensato como Cassiar, Siwash o Husky? ¡No, señor! Échale una ojeada a Shookum, es...

¡Zas! El flaco animal dio un salto vertiginoso, los blancos dientes apenas errándole a la garganta de Mason.

-Conque sí, ¿eh?

Un hábil golpe detrás de la oreja con la empuñadura del látigo tendió al animal sobre la nieve, temblando débilmente, mientras una baba amarilla le goteaba entre los colmillos.

-Como iba diciendo, mira a Shookum, tiene alma. Apuesto a que se come a Carmen antes de que acabe la semana.

-Yo añadiré otra apuesta contra esa -contestó Malemute Kid, dando vueltas al pan helado puesto junto al fuego para que se descongelara-. Nosotros nos comeremos a Shookum antes de que termine el viaje. ¿Qué dices a eso, Ruth?

La india aseguró la cafetera con un trozo de hielo, paseó la mirada desde Malemute Kid a su esposo, luego a los perros, pero no se dignó a responder. Era una verdad tan palpable, que no requería respuesta. La perspectiva de trescientos kilómetros de camino aún no hollado, con provisiones de comida para solo seis días y nada para los perros, no podía admitir otra alternativa. Los dos hombres y la mujer se agruparon en torno al fuego y empezaron su parco almuerzo. Los perros yacían tumbados en sus arneses, pues era el descanso de mediodía, y espiaban cada bocado con envidia.

-No habrá más almuerzos a partir de hoy -dijo Malemute Kid-. Y tenemos que mantener bien vigilados a los perros... Se están poniendo peligrosos. Si se les presenta la oportunidad, se comerán a uno de los suyos como si nada, en cuanto puedan.

-Y pensar que yo fui una vez presidente de urea congregación metodista y enseñaba en la escuela dominical..... habiéndose desembarazado distraídamente de esto, Mason s e dedicó a contemplar sus humeantes mocasines, pero Ruth lo sacó de su ensimismamiento al llevarle el vaso-. ¡Gracias a Dios tenemos té para gastar en cantidad! Lo he visto *crecer* allá, en Tennessee. ¡Qué no daría yo por un pan de maíz caliente en este mismo momento! No te preocupes, Ruth; no pasarás hambre por mucho tiempo más, ni tampoco llevarás mocasines.

Al oír esto, la mujer abandonó su tristezas y sus ojos se llenaron del gran amor que sentía por su señor blanco, el primer hombre blanco que ella había jamás visto... el primer hombre conocido por ella que trataba a una mujer como algo mejor que un mero animal, o una bestia de carga.

-Sí, Ruth -continuó su esposo, recurriendo a la jerga macarrónica, única en la que se podían entender-. Espera a que recojamos y partamos hacia El Afuera. Cuando tomar canoa del Hombre Blanco e ir al Agua Salada. Sí, malas aguas, tempestuosas... grandes montañas danzar, subiendo y bajando, todo el tiempo. Y tan grande, tan lejos, tan lejos... tú viajar diez lunas, veinte

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

lunas, cuarenta lunas -enumeró gráficamente los días con sus dedos-; y todo el tiempo agua, malas aguas. Entonces tú llegar a un gran poblado lleno de gente, tanta como los mosquitos del próximo verano. *Wigwams*[1] tan altas, oh, como diez, veinte pinos. *¡Hi-yu sko okum!*[2]

Se detuvo impotente, dirigiendo una mirada suplicante a Malemute Kid, y laboriosamente colocó por señas los veinte pinos, punta sobre punta. Malemute Kid sonrió con alegre cinismo; pero los ojos de Ruth se abrieron con asombro y placer; creía solo a medias que él estaba jugando, y tal condescendencia halagaba su pobre corazón de mujer.

-Y después entrar en una... una... caja, y ¡zas!, arriba tú subir -lanzó su taza vacía al aire para ilustrarlo, y mientras la aferraba hábilmente gritó-: Y ¡paf!, bajar de nuevo. ¡Ah, grandes hechiceros! Tú ir Fort Yukón, yo ir Artic City... veinticinco lunas... Entre los dos, cable muy largo, cable todo seguido... yo agarrar el cable... Yo decir: "¡Hola, Ruth! ¿Cómo estás?"... y tú decir: "¿Es ese mi buen esposo?"... y yo decir: "Sí"... y tú: "No poder hornear buen pan, no más levadura". Entonces yo decir: "Mira en el escondrijo, bajo la harina; adiós". Tú mirar y allí mucha levadura. Todo el tiempo tú Fort Yukón, yo Artic City. *¡Hi-yu* hechicero!

Ruth sonrió tan ingenuamente con el cuento de hadas, que ambos hombres estallaron en carcajadas. Una pelea entre los perros vino a cortar de cuajo las maravillas de El Afuera, y para cuando separaron a los combatientes, Ruth había amarrado los trineos y todo estaba listo para el camino.

-¡Mush! ¡Baldy! ¡Vamos!

Mason restalló diestramente el látigo y, mientras los perros aullaban débilmente en sus tirantes, abrió la marcha empujando de la vara del trineo. Ruth lo seguía con el segundo grupo de perros, dejando que Malemute Kid, quien la había ayudado a partir, cerrara la marcha. Un hombre fuerte, una bestia como era, capaz de derrumbar un buey de un golpe, no podía soportar que se castigara a los pobres animales, y los mimaba como raramente hace un conductor de perros; más aún, casi lloraba con ellos en su miseria.

-¡Vengan, corran, pobres brutos de patas doloridas! - murmuró, después de varios intentos infructuosos por arrancar. Pero su paciencia se vio recompensada al fin, y, aunque gimiendo de dolor, se apresuraron a reunirse con sus compañeros.

No hubo más conversación; los trabajos del camino no permitían tales lujos. Y entre todas las faenas matadoras, la de la ruta del Norte es la peor. Dichoso el hombre que puede soportar una jornada de viaje a base de silencio, y eso en una ruta ya abierta.

Y de todas las descorazonad oras tareas, la de abrir el camino es la peor. A cada paso las grandes raquetas se hunden hasta que la nieve llega a las rodillas. Luego, hacia arriba, recta hacia arriba, pues la desviación de unos pocos centímetros es precursora cierta del desastre, la raqueta de nieve se eleva hasta que la superficie queda limpia; luego adelante, abajo, el otro pie se eleva perpendicularmente alrededor de medio metro. El que lo intente por primera vez, si con felicidad evita colocar las botas en tan peligrosa cercanía y logra no caer cuan largo es sobre la superficie traicionera, se rendirá exhausto después de cien metros; el que pueda mantenerse fuera del camino de los perros por un día entero, hará muy bien en meterse dentro de su bolsa de dormir con la conciencia tranquila y un orgullo que supera toda comprensión. Y el que viaje veinte jornadas sobre la Larga Ruta, es un hombre a quien los dioses pueden envidiar.

[1] Tiendas de los poblados indios de Norteamérica.

[2] Expresión chinook del oeste canadiense que significa "muy bueno".

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

La tarde pasó, y con el respeto nacido del Silencio Blanco, los callados viajeros se aplicaron a su trabajo. La naturaleza posee muchas artimañas para convencer al hombre de su finitud -el incesante fluir de las mareas, la furia de la tormenta, la sacudida del terremoto, el largo tronar de la artillería del cielo-, pero la más tremenda, la más sorprendente de todas es la fase pasiva del Silencio Blanco. Cesa todo movimiento, el aire se despeja, los cielos son como de latón; el más ligero susurro semeja un sacrilegio, y el hombre se torna tímido, asustado del sonido de su propia voz. Única partícula de vida que viaja a través de los espectrales yermos de un mundo muerto, tiembla ante su propia audacia, advierte que su vida es la de un gusano. Extraños pensamientos no convocados se yerguen en el espíritu, y el misterio de todas las cosas lucha por expresarse. Y el temor a la muerte, a Dios, al universo, se apodera de él, la esperanza en la resurrección y la vida, el anhelo de inmortalidad, la vana puja de la esencia aprisionada. Es entonces, si alguna vez ocurre, cuando el hombre camina solo con Dios.

Así transcurrió lentamente el día. El río trazaba un gran meandro y Mason dirigió su cuadrilla hacia la cortada, a través del estrecho cuello de tierra. Pero los perros retrocedieron ante la empinada ribera. Una y otra vez, a pesar de que Ruth y Malemute Kid empujaban el trineo, retrocedían resbalando. Entonces vino el esfuerzo concertado. Las miserables criaturas, debilitadas por el hambre, reunieron sus últimas fuerzas. Arriba, arriba... El trineo se detuvo en la cima de la ladera, pero el perro que iba a la cabeza hizo girar para la derecha toda la reata que lo seguía, atascando las raquetas de Mason. El resultado fue lastimoso. Mason fue desbalanceado, y cayó; uno de los perros se derrumbó sobre sus arneses; y el trineo volcó hacia atrás, arrastrando todo de nuevo hasta el fondo.

¡Slash! El látigo cayó sobre los perros salvajemente, en especial sobre el que había tropezado.

-¡No lo hagas, Mason! -suplicó Malemute Kid-; el pobre diablo está en las últimas. Espera y engancharemos mis perros.

Mason retuvo el largo látigo intencionadamente hasta que se apagó la última palabra, entonces lo hizo restallar, rodeando por completo el cuerpo de la criatura culpable. Carmen -porque era Carmen- se encogió en la nieve, lloró lastimosa y rodó sobre el costado.

Era un momento trágico, un patético incidente del camine un perro agonizante y dos compañeros enfurecidos. Ruth miró con ansiedad de un hombre al otro. Pero Malemute Kid se contuvo, aunque había un mundo de reproche en sus ojos, e inclinándose sobre el perro cortó las correas. No se dijo una palabra. Las cuadrillas fueron atadas en doble hilera y la dificultad fue superada; los trineos estaban de nuevo en camino, **el** perro moribundo arrastrándose en la retaguardia. Porque, en tanto el animal pueda viajar no se lo sacrifica, se le ofrece esa última oportunidad: arrastrarse, si puede, hasta el campamento, con la esperanza de que allí se mate un alce.

Arrepentido ya de su ataque de ira, pero demasiado terco para retractarse, Mason avanzaba con dificultad a la cabeza de la cabalgata, sin imaginar que el peligro flotaba en el aire. La leña formaba densos montones como un escudo en el suelo, y a través de ella se abrieron paso. A unos quince metros del camino, o más, se alzaba un alto pino. Por generaciones se había alzado allí, y por generaciones el destino había tenido en vista un único final. Quizás había sido decretado para Mason.

Se agachó para atarse la correa del mocasín. Los trineos hicieron un alto, y los perros se tumbaron en la nieve sin un gemido. La quietud era casi sobrenatural; ni un soplo hacía crujir el bosque cubierto de escarcha. El frío y el silencio del espacio exterior habían helado el corazón y aplastado los temblorosos labios de la naturaleza. Un suspiro palpitó a través del aire. No dieron

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

señales de oírlo, más bien lo sintieron como la premonición de un movimiento en el vacío inmóvil. Entonces el gran árbol, cargado con su peso de años y de nieve, representó su último papel en la tragedia de la vida. El oyó el alarmante crujido e intentó saltar, pero, casi totalmente erguido, recibió el golpe de lleno en el hombro.

El súbito peligro, la muerte repentina... ¡Cuán a menudo se había enfrentado a ella Malemute Kid! Las ramas del pino aún temblaban mientras él daba órdenes y entraba en acción. La muchacha india no desfalleció ni elevó la voz en lamentos inútiles, como podían haberlo hecho muchas de sus hermanas blancas. Cumpliendo las órdenes del hombre, echó su peso sobre el extremo de una palanca rápidamente improvisada, aliviando la presión y escuchando los gemidos de su esposo, mientras Malemute Kid atacaba el árbol con, el hacha. El acero repicaba alegremente al morder el tronco helado, cada golpe acompañado por una respiración audible, forzada, el "¡huh!" "¡huh!" del leñador.

Al fin Kid tendió sobre la nieve a la lastimosa criatura que una vez fuera un hombre. Pero peor que el dolor de su compañero era la muda angustia reflejada en la cara de la mujer, la mirada interrogante en la que se mezclaban la esperanza y la desesperación. Se dijo muy poco. Los de las tierras del Norte aprenden pronto la futilidad de las palabras y el valor inestimable de los hechos. Con la temperatura a veinticinco bajo cero, un hombre no puede permanecer tirado en la nieve por muchos minutos y sobrevivir. Por tanto, cortaron las correas del trineo y tendieron al doliente, envuelto en pieles, en un lecho de ramas. Ante él rugía un fuego, hecho de la misma madera que había forjado la desgracia. Detrás, y parcialmente sobre él, estaba extendido un alero primitivo, un pedazo de lona que captaba las radiaciones de calor y las devolvía, un truco que suelen conocer los hombres que estudian física en sus fuentes.

Y los hombres que han compartido su lecho con la muerte saben cuándo suena su llamado. Mason estaba terriblemente aplastado. El examen más superficial así lo revelaba. Tenía rotos el brazo derecho, la pierna y la espalda; sus miembros estaban paralizados desde las caderas; y la probabilidad de heridas internas era grande. El único signo de vida era un gemido ocasional.

Ninguna esperanza; no había nada que hacer. La noche implacable pasó lentamente. Ruth con su sino, el desesperado estoicismo de su raza, y Malemute Kid añadiendo nuevas marcas a su rostro de bronce. De hecho, Mason era quien menos sufría, pues estaba al Este de Tennessee, en las grandes montañas Smokey, reviviendo escenas de su niñez. Y lo más patético era la melodía de su ya largamente olvidado dialecto sureño, mientras deliraba sobre las charcas en las que nadaba, o las cacerías del mapache y los raids en busca de sandías. Para Ruth eso era griego, pero Kid comprendía, y sentía, sentía como solo puede sentir alguien alejado por años de todo cuanto signifique civilización.

La mañana devolvió la conciencia al hombre postrado, y Malemute Kid se inclinó sobre él para captar sus susurros.

-¿Recuerdas cuando nos reunimos en el Tanana, que se cumplirán cuatro años en el próximo deshielo? Ella no me importaba mucho entonces. Creo que era más bien bonita, y había un toque de emoción en todo ello. Pero, sabes; he llegado a sentir muchas cosas por ella. Ha sido una buena esposa para mí, poniendo siempre el hombro en los momentos difíciles. Y cuando llega la hora de comerciar, no hay otra igual. ¿Recuerdas aquella vez que disparó a los rápidos de Moosehorn para sacarnos a ti y a mí de esa roca, y las balas azotaban el agua como granizo? ¿Y cuando el hambre en Nukluyeto? ¿O cuando se adelantó al deshielo para traernos las noticias? Sí, ha sido una buena esposa para mí. Bueno, yo lo había intentado una vez, allá en los Estados Unidos. Por eso estoy aquí. Habíamos crecido juntos. Me vine para darle una oportunidad de que

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

le concedieran el divorcio. Lo consiguió.

"Pero eso nada tiene que ver con Ruth. Pensé en recoger todo y salir para El Afuera el año que viene, ella y yo, pero... es demasiado tarde. No la mandes de nuevo con su gente, Kid. Para una mujer es terriblemente duro tener que volver. ¡Piénsalo! Casi cuatro años compartiendo nuestro tocino, habas, harina y fruta seca, y volver a su pescado y su caribú. No es bueno que haya conocido nuestras costumbres, llegar a ver que son mejores que las de su pueblo, y luego volver a ellas. Cuídala, Kid, ¿no lo harías? No, no lo harás. Tú siempre la evitaste. Y nunca me has dicho por qué viniste a estas tierras. Sé bueno con ella, y mándala a los Estados Unidos en cuanto puedas. Pero arréglalo de manera que pueda volver, quizás extrañe, tú sabes.

"Y el niño... Nos ha acercado más, Kid. Espero que sea un chico. ¡Piénsalo! Carne de mi carne, Kid. No debe quedarse en este país. Y, si es una chica, pues tampoco. Vende mis pieles; conseguirás al menos cinco mil, y tengo muchas más en la compañía. Y administra mis intereses junto con los tuyos. Creo que se resolverá la demanda del tribunal. Cuida de que reciba una buena educación; y, Kid, sobre todo, no lo dejes volver. Este país no fue hecho para hombres blancos.

"Soy un hombre perdido, Kid. Tres o cuatro noches más, en el mejor de los casos. ¡Deben seguir! Recuerda, es mi mujer, es mi hijo... ¡Dios mío! ¡Espero que sea un chico! No puedes permanecer a mi lado... Y yo, un moribundo, te ordeno seguir."

-Dame tres días -suplicó Malemute Kid-. Puedes mejorar; algo puede pasar.

-No.

-Solo tres días.

-Deben seguir.

-Dos días.

-Son mi mujer y mi hijo, Kid. Tú no lo pedirías.

-Un día.

-¡No, no! Te ordeno...

-Solo un día, lo podemos ahorrar de la comida, y quizás mate un alce.

-No... bueno; un día, pero ni un minuto más. Y Kid, no...no me dejes solo para enfrentarme a ella. Solo un disparo, una presión en el gatillo. Tú comprendes. ¡Piénsalo! ¡Carne de mi carne, y no viviré para verlo!

"Mándame a Ruth. Quiero decirle adiós y que piense en el niño y que no espere a que me muera. De lo contrario, podría negarse a marchar contigo. Adiós, viejo amigo, adiós.

"Kid, te quiero decir... este... cava un hoyo por encima de la señal, cerca del derrumbe. Saqué unos cuarenta céntimos de oro con mi pala allí.

"Y... ¡Kid! -este se agachó aún más para oír sus últimas palabras, la rendición del orgullo de un moribundo-. Siento lo de... ya sabes... lo de Carmen."

Tras dejar a la muchacha llorando suavemente por su hombre, Malemute Kid se enfundó la parka y las raquetas de nieve, guardó el rifle bajo el brazo y silenciosamente arrastró los pies hacia el bosque. No era ningún principiante en las severas penas de las tierras del Norte, pero nunca se había enfrentado a un problema como este. En lo abstracto era una ecuación clara, matemática: tres posibles vidas contra una ya condenada. Pero ahora dudaba. Durante cinco años, hombro con hombro, en los ríos y en los caminos, en los campamentos y en las minas, haciendo frente a la muerte en los campos de hielo, y a las inundaciones, y al hambre, habían atado los lazos de su camaradería. Tan apretado era el nudo, que a menudo había sido consciente de unos vagos celos de Ruth, desde la primera vez que ella se instaló entre ambos. Y ahora tenía que cortarlo con sus propias manos.

Aunque rezó por un alce, un solo alce, toda la caza parecía haber abandonado la tierra, y

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

el anochecer halló al hombre exhausto, arrastrándose hacia el campamento, con las manos vacías y un gran peso en el corazón. Un alboroto de los perros y los gritos agudos de Ruth lo hicieron apresurarse.

Al irrumpir en el campamento, vio a la muchacha, en medio de la jauría aullante, golpeando con el hacha. Los perros habían roto el férreo mandato de sus dueños y devoraban la comida. Se unió a la contienda con la culata del rifle, y el antiguo proceso de la selección natural tuvo lugar de nuevo con la brutalidad de aquel primitivo ambiente. Rifle y hacha subían y bajaban, acertaban o fallaban con una regularidad monótona; cuerpos elásticos destellaron, con ojos salvajes y fauces babosas; y hombre y bestia lucharon por la supremacía hasta el más amargo término. Luego, las apaleadas bestias se arrastraron hasta el borde de la luz de la hoguera, lamiéndose las heridas, plañendo su infortunio a las estrellas.

Toda la provisión de salmón seco había sido devorada, y acaso quedasen algo más de dos kilos de harina para sostenerlos a lo largo de trescientos kilómetros de páramos. Ruth regresó junto a su esposo, mientras Malemute Kid cortaba en pedazos el cuerpo caliente de uno de los perros, cuyo cráneo había sido aplastado por el hacha. Guardó cada trozo cuidadosamente, excepto la piel y las entrañas, que echó a los que momentos antes fueran sus compañeros.

La mañana trajo nuevos problemas. Los animales se volvían unos contra otros. Carmen, que aún se aferraba a su delgado hilo de vida, fue devorada por la jauría. El látigo cayó sin miramientos sobre ellos. Se agachaban y aullaban bajo los golpes, pero se negaron a dispersarse hasta que el último miserable trozo hubo desaparecido: huesos, piel, pelo, todo.

Malemute Kid volvió a su trabajo, escuchando a Mason que estaba de nuevo en Tennessee, pronunciando discursos enredados y violentas exhortaciones a sus hermanos de otros tiempos.

Aprovechando los pinos cercanos, trabajó rápidamente, y Ruth lo observó mientras construía un escondrijo parecido a los que a veces utilizan los cazadores para guardar la carne fuera del alcance de lobos y perros. Una tras otra dobló las copas de los pinos pequeños, acercándolas y doblándolas casi hasta el suelo, y atándolas con correas de piel de alce. Entonces sometió a golpes a los perros y los amarró a dos de los trineos, cargándolos con todo, excepto las pieles que envolvían a Mason. Las enrolló y sujetó con fuerza en torno al amigo, atando cada extremo de sus vestimentas a los pinos curvados. Un solo golpe con el cuchillo de caza los liberaría y enviaría el cuerpo a lo alto.

Ruth había recibido la última voluntad de su esposo y no ofreció resistencia. ¡Pobre muchacha, había aprendido bien la lección de obediencia! Desde niña se había inclinado y había visto a todas las mujeres inclinarse ante los señores de la creación, y no parecía entrar en la naturaleza de las cosas que una mujer se resistiera. Kid le permitió un estallido de dolor, mientras besaba a su esposo (su propio pueblo no tenía esa costumbre), luego la condujo al primer trineo y la ayudó a ponerse las raquetas de nieve. Ciega, instintivamente, tomó la vara y el látigo y azuzó a los perros hacia el camino. Entonces él volvió junto a Mason, que había entrado en coma, y, mucho después de que ella se perdiera de vista se acuclilló junto al fuego, esperando, deseando, rezando para que su compañero muriera.

No es agradable estar solo con pensamientos acongojados en el Silencio Blanco. El silencio de la penumbra es piadoso, amortajándolo a uno como en señal de protección, y exhalando mil consuelos intangibles: pero el brillante Silencio Blanco, claro y frío, bajo cielos de acero, es despiadado.

Una hora, dos horas, y el hombre no moría. En el alto mediodía el sol, sin elevar su borde sobre el horizonte meridional, lanzó una insinuación de fuego a través de los cielos, y

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

rápidamente la retiró. Malemute Kid se irguió y se arrastró al lado de su compañero. Lanzó una mirada a su alrededor. El Silencio Blanco pareció burlarse y un gran temor se apoderó de él. Sonó un disparo agudo: Mason brincó a su sepulcro aéreo, y Malemute Kid obligó a los perros, a latigazos, a emprender un galope salvaje mientras huía a través de la nieve.

Fin

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com